

mera posibilidad de la vida burguesa le llenaba de espanto. No es extraño que dijera a menudo que la creación del tipo del señor Esteve le había ocupado casi toda la vida. Al señor Esteve iban dirigidas casi todas sus bofetadas teatrales. Y el señor Esteve, fue, en efecto, el más popular de sus tipos. Aunque más que tipo puede llamarse su cabeza de turco.

Durante años se ha estado representando en todos los teatros españoles otra obra suya: *El Místico*, que pretendía ser una apología de Mosen Jacinto Verdaguer, el poeta de *L'Atlántida*, de quien se dijo en toda España que padeció persecución de parte de las autoridades eclesiásticas y de algunos devotos influyentes. Pero el Mosen Ramón de *El Místico* apenas se parece a Verdaguer, ni es tampoco místico, sino un joven enamorado, con más vocación para el matrimonio que para el sacerdocio; ni hay en la obra otras palabras místicas que las que pronuncia el obispo en el primer acto.

Tampoco hay un carácter en *¡Libertad!*, que tradujo al castellano Jacinto Benavente, y que pone en escena cierto ambiente obrero catalán, muy libertario, pero que no sabe tratar con liberalidad a un pobre negro que en él vive. Se me figura que la obra que mejor expresa el pensamiento favorito de Santiago Rusiñol es *La alegría que pasa*. Fue, desde luego, la que inspiró más devoción entre los intelectuales. Aún vibra en mi espíritu el recuerdo del entusiasmo con que Juan Torrendell saludó su aparición hace treinta años. La pasajera alegría está simbolizada por una compañía de titiriteros, que se detiene algunos días en un pueblo. ¿Querrán ustedes creer que Rusiñol nos dice que aquellos titiriteros son la alegría, la belleza, la generosidad y todas las virtudes, en tanto que los vecinos de la aldea son pobres gentes consumidas de avaricia, de murmuraciones, de temores y de regularidad?

Todo esto es, naturalmente, romanticismo puro, en el sentido más estricto, superabundancia del sentimiento, hasta falsear la representación, en vez de mantenerse la intuición estética en aquel punto de equilibrio sintético en que la representación y el sentimiento son una misma cosa. Por este romanticismo habrá dejado de ser el señor Esteve, como ha debido serlo, como ha estado a punto de serlo, uno de los grandes mitos literarios de la raza. Porque después de todo lo que contra él puede decirse y se ha dicho, por los catalanes casi exclusivamente; después de todo lo que se ha criticado al buen comerciante de la calle de Fernando o al pequeño fabricante de tejidos o al negociante del Paseo de Colón y su punto de vista del haber y del debe con que se le acusa de decidir de todas las cuestiones, como a Atlante se le pinta con el mundo a la espalda, al señor Esteve hay que imaginarlo, para ser justo, con Barcelona al hombro, porque es él, sobre todo, quien la ha hecho.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

El pintor de los jardines.—Porque hay en sus *Jardines de España* esa unidad intuitiva de sentimiento y representación, creo que lo mejor de Rusiñol ha de encontrarse en sus paisajes, y especialmente en los que llama *Jardines de España*, sobre todo los de Mallorca o de Aranjuez, aunque no hay que olvidar los que le han inspirado los jardines de Granada, de Valencia y algunos de Madrid.

Rusiñol solía decir que pintaba por descansar, mientras que al escribir se le ponían de punta los nervios. Es una manera de revelarnos que pintaba por amor, en tanto que escribía por polémica. Rusiñol no se consideraba gran pintor. Solía decir, pintolescamente: "En el piso principal no hay más que dos pintores españoles vivos: Zuloaga y Anglada. Los demás habitamos en los pisos segundos o terceros o en las bohardillas". Pero no es seguro que tuviera razón. Muchos cuadros de Zuloaga y de Anglada nos entusiasmaban, pero otros nos irritan. Los de Rusiñol no nos irritan nunca. Hace treinta años que no he perdido ocasión de ver alguno de sus *Jardines*. Nunca me ha defraudado su pintura. Siempre me ha dado un baño de dulzura y de amor.

Los pintores le han acusado de falta de calidad en el color. Es muy posible que tuvieran razón y que le falten a sus paisajes lo que a su obra literaria: mayor escrupulosidad técnica. Se puede imaginar lo que sería la pintura de Rusiñol de haber mejorado o intensificado la calidad de la materia, en el sentido que dan los pintores a la palabra materia. Pero la misma imaginación se hace difícil. A la melancolía suave de sus paisajes le es suficiente el colorido con que están pintados. Otro sentimiento más pujante habría requerido otra paleta.

También se le acusa de monotonía. Pero no es sino una manera hostil de confesar que sus paisajes son siempre dulces y amorosos, bellos y vagamente tristes. Es posible que ello se deba a su manera de pintar temas simétricos, en que la parte izquierda ha de ser igual o casi igual a la derecha: si un naranjo y un ciprés en un lado, un ciprés y un naranjo en el otro; si una columna a la derecha, otra columna idéntica a la izquierda, y el agua en medio si la hubiere. Es posible también que tenga razón Juan de la Encina al observar que algunas veces está la hermosura de sus obras más en la gracia y belleza del modelo que

en el modo de tratarlo en el lienzo. Rusiñol no admitía que todos los asuntos fueran pintables. Elegía los suyos con cuidado. Pero no ha habido ningún pintor para quien sean indiferentes los asuntos. Todos prefieren, cuando aciertan, los que les convienen.

Las preferencias de Rusiñol eran por los jardines. A ser posible, por los jardines algo abandonados, objeto antaño del cuidado mimoso de una reina o de una princesa; hogaño, del más somero del Municipio o del Estado. Hay en ello un sentimiento que merece evocación. Un jardín es la obra del hombre. Probablemente se expresó en él un ensueño de amor. Todo tiembla al recordarlo. En el agua de la fuente se miraron un día los amantes. Y todos gustamos de sentirnos jardines abandonados, algo que ha merecido ser teatro de una felicidad ausente.

Así vemos al natural los jardines de España; pero sólo en sus mejores momentos, cuando la luz no es demasiado fuerte ni demasiado tenue. Así nos lo presenta Rusiñol. Son Jardines de tarde, que es también la hora de pasear por ellos. Su pincel es lo bastante verídico para que los reconozcamos. Pero además de su ser hay en ellos el sentimiento que nos inspiraron aquel día en que nos parecieron distintos y más bellos. La regularidad perfecta con que el pintor los encaja en sus lienzos, sirve de vehículo para remontarnos al sentimiento de la armonía universal. Lo inasible ha quedado expresado. El ser y el sentimiento, lo finito y lo infinito, la realidad y la fantasía se han hecho uno. De la obra de arte ha surgido la belleza y la belleza ha llenado nuestras almas de las posibilidades del amor.

La sátira y sus limitaciones.—A su obra literaria le faltó la intuición amorosa que Rusiñol dedicaba a los paisajes. El reposo que sentía al pintarlos quería decir que se olvidaba de sí mismo para fundirse en lo que contemplaba e identificarse con ello. El amor derretía al mismo tiempo la soledad del yo y la extrañeza del mundo. En cambio, lo que le hacía escribir, principalmente, era alguna manifestación de hostilidad social. Su musa inspiradora la encontraba al hacerse cargo de que no son los hombres como él los quisiera. Ello le ponía al acecho de sus ridiculeces. Y en cuanto encontraba la manera de evidenciar su falsedad, Rusiñol empuñaba la pluma, como un látigo. Por ello era la sátira su propósito favorito al escribir.

Acaso habrían sido más profundos sus paisajes si en vez de contemplar los jardines como creaciones e historias humanas, los hubiera visto algo más en sí mismos, como naturalezas que cumplen su destino, y en la lucha de cada planta con la próxima por el agua, la tierra y el sol. Los seres no son meramente obstáculos que se alzan en nuestro campo visual, sino vidas dinámicas con las que nos identificamos al mirarlas con ojos profundos, que intuyan lo espacial